

*Cuadernos
liberales*

A decorative flourish consisting of a horizontal line with ornate, symmetrical scrollwork at both ends, positioned below the word "liberales".

El misterio del dinero

José Antonio de Aguirre

—Fundación Hayek—

El misterio del dinero

—Segunda edición—



Unión Editorial

© 2019 José Antonio de Aguirre
© 2020 UNIÓN EDITORIAL, S.A. (Segunda edición)
c/ Nicaragua 17 - local • 28016 Madrid
Tel.: 91 350 02 28
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-803-9
Depósito legal: M. 16.508-2019

Compuesto e impreso por JPM Graphic, S.L.
Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito del *copyright*.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN	11
II. EL ORIGEN DEL DINERO	13
III. EL ORO Y LA PLATA DE AMÉRICA	19
IV. EL PAPEL-MONEDA	23
V. EL ESCOCÉS JOHN LAW	27
VI. EL DINERO SIN RETORNO AL EMISOR	31
VII. EL BANCO DE INGLATERRA	33
VIII. LA INCONVERTIBILIDAD DE LA LIBRA ESTERLINA	43
IX. EL MONOPOLIO DE EMISIÓN DE BILLETES	
DE BANCO	47
X. EL PATRÓN-ORO	53
XI. EL NACIONALISMO MONETARIO	61
XII. LOS ERRORES DEL SIGLO XX	65
XIII. LAS MONEDAS VIRTUALES	67
XIV. CONCLUSIÓN	71
NOTAS	73

ÍNDICE DE IMAGENES

IMAGEN 1: Del libro *200 Years of Art, History and Technique*, de Rosalba Tabanelli (litografía).

IMAGEN 2: *Chingana en Tres Puntas* (hacia 1852), de Paul Treutler (lámina).

IMAGEN 3: Retrato de John Law (litografía).

IMAGEN 4: *Billetes volando*, de Sergei Kuzmin (imagen digital).

IMAGEN 5: *Breadline-No One Has Starved* (1932), de Reginald Marsh (aguafuerte).

I

INTRODUCCIÓN

El dinero ha sido considerado siempre algo codiciado y, de alguna forma, enigmático. En todos los tiempos, el conocimiento de los mecanismos monetarios y financieros ha sido privilegio de solo unos pocos. El rey Felipe II de España no acababa de entender las operaciones financieras que sus consejeros concertaban con los banqueros genoveses para poder sostener sus ejércitos por toda Europa, y la realidad fue que terminó declarándose en bancarrota en tres ocasiones a lo largo de su dilatado reinado (1557, 1575 y 1596). Hay personas que consideran estas cuestiones altamente complejas e intrincadas, como revela la forma en la que nuestros banqueros consiguen construir esas enormes pirámides de crédito con su pequeña base invertida y que, de cuando en cuando, se derrumban como un castillo de naipes y lo arrasan todo.

Tal vez se ignora que el padre fundador de la Economía Política, el ilustre escocés Adam Smith, nos enseñó que ese eterno clamor de todos los tiempos por la escasez del dinero es la expresión más viva de que las gentes no tienen nada de valor que dar a cambio para conseguirlo, porque si un país no tiene yacimientos de oro y de plata de donde extraer esos metales, siempre podría procurárselos de la misma forma y por los mismos vericuetos, por los que un país que no tiene viñedos se procura el vino que precisa para satisfacer sus necesidades de este preciado líquido¹.

La India, por ejemplo, no producía apenas ni oro, ni plata, ni cobre. No obstante, mucho antes de la era cristiana se había familiarizado ya con esta clase de monedas y durante mucho tiempo estuvo procurándose las de la forma que sugiere Adam Smith; es decir, adquiriéndolas a cambio de otras mercancías². Muchos de nuestros economistas parecen haberlo olvidado, y de ahí las numerosas disputas que los dividen. El dinero es un producto del propio intercambio y no algo que un intrincado algoritmo o fórmula nos lo pueda proporcionar³. Ni tampoco es una creación de la legislación⁴. Esta puede servir para resolver conflictos judiciales, pero no este intrigante misterio.

Es verdad que los grandes economistas clásicos introdujeron alguna confusión en estas cuestiones, cuando consideraron al dinero como una especie de velo que encubría la verdadera naturaleza real de nuestros intercambios, en un intento de combatir a todos aquellos que venían confundiendo el dinero y la riqueza. Tendríamos que esperar al último tercio de aquel siglo para que un economista austriaco, Carl Menger, dedicase todo un capítulo de sus *Principios de Economía Política* (1871) al tema del origen de esta institución social que venimos llamando dinero y que, en nuestros días, son muchos los que piensan que el Estado define y ordena imprimir para que sirva como medio de pago, porque se considera con los conocimientos necesarios para hacerlo.

II

EL ORIGEN DEL DINERO

A medida que el ser humano va adquiriendo un mayor conocimiento de cuáles son sus intereses económicos, y sin que nada más intervenga en ello, se acaba dando cuenta de que unas mercancías son más fáciles de vender que otras, y que su posición, cuando acude a un mercado, mejora ostensiblemente en la medida en que aprende a ir prescindiendo de las mercancías que son menos vendibles y retiene en su poder, para intercambiar, las más vendibles. Así es como, en un largo proceso, acabó surgiendo el dinero, una mercancía que se utilizaba y demandaba como medio de cambio para conseguir las demás.

Probablemente, en las poblaciones nómadas que iban de un lado para otro y no tenían un lugar de establecimiento fijo, el ganado fuera una de las primeras mercancías que se utilizaron como dinero, y por esta razón muchas de las monedas antiguas que hoy conservamos están estampadas con figuras de animales que nos recuerdan esa costumbre ancestral.

Cuando aquellas poblaciones se asentaron y aprendieron a cultivar el suelo, se utilizaron como dinero los cereales, como al parecer sucedió en Mesopotamia, o los granos de cacao, como en la cultura azteca. Pero también las pieles, la sal, el algodón, las conchas marinas o el arroz. Cuando la industria

artesanal fue adquiriendo relevancia, algunos metales como el cobre o incluso el hierro se utilizaron también como dinero, y cuando comenzó a tomar fuerza el comercio a grandes distancias, es cuando los mercaderes más avezados en esta clase de negocio empezaron a servirse de los metales preciosos (oro y plata) que, hasta entonces, solo habían sido utilizados para elaborar objetos que servían como prueba de la dignidad, posición social de quienes los exhibían y símbolos de su autoridad.

Es claro que no se precisó de ningún pacto o decreto legislativo, como se ha sugerido, para que los seres humanos, por sí mismos, hicieran esa selección de determinadas mercancías para servir como medios de cambio. Incluso en nuestros días, en pleno siglo veinte, un periodista que acompañaba a la reina Isabel II de Gran Bretaña y a su esposo, en visita a Nigeria, encontró en el interior de aquel país unos indígenas que utilizaban como medio de cambio unas primorosas monedas de coral bien preparadas para este menester en un taller de Liorna (Italia). Al parecer, se utilizaban más allá en Sierra Leona, Costa de Marfil, Liberia e incluso más lejos en estas tierras africanas⁵.

Todo parece indicar que fueron los reyes de Lydia, en la península de Anatolia (actual Turquía), los primeros en acuñar monedas con su efigie, unos seiscientos años antes de la era cristiana. No cabe duda que esta intervención de la autoridad política ayudó sobremanera a difundir esta institución social que había surgido de una forma espontánea. Si se quiere, lo que prueba la historia es que aquellos soberanos y príncipes que asumieron la acuñación de la moneda, para asegurar su autenticidad y evitar su falsificación, fueron los primeros en servirse de su privilegio para hacer lo contrario. Cuando pudieron imponer su circulación en el interior de

sus dominios, a ellos destinaron las peores monedas y solo la competencia existente a nivel internacional impidió que pudieran hacer lo mismo fuera del ámbito de su poder. No es cierto que Carl Menger distorsionase la historia cuando escribió su capítulo sobre el origen del dinero.

En los primeros cinco siglos de la historia de Roma, la única moneda en circulación fue la de cobre; la plata solo comenzó a utilizarse en el siglo tercero antes de la era cristiana, pero mucho antes fue la moneda que utilizaron los griegos en el Oriente del mar Mediterráneo. Siempre se necesitó más peso en plata para comprar un gramo de oro. Durante los tres siglos anteriores a la muerte del emperador romano Cesar Augusto, la relación entre el precio del oro y el de la plata era de diez a uno. Luego, de cuando en cuando, sus precios no se ajustaban a la relación legal establecida, y quienes tenían que pagar las deudas lo hacían con la moneda legalmente sobrevalorada y retenían la otra, que acababa desapareciendo de la circulación. Por lo regular, en Occidente fue el oro el metal que más se fue apreciando y, en 1700, la relación legal más utilizada había pasado a situarse en el entorno de quince a uno⁶. Francia adoptó en 1803 un patrón bimetálico (oro y plata) con una proporción legal algo superior, solo a mediados del siglo diecinueve, cuando se registraron aumentos muy considerables en la producción de plata, esa proporción llegó a ser de treinta a uno y acabó conduciendo a la desmonetización de este metal⁷.

Durante la Alta Edad Media, la Europa no mediterránea permaneció anclada en un mundo de intercambios escasos, propio de una economía que hacía poco uso del dinero. Los pueblos que la habían invadido desconocían, muchos de ellos, la moneda, y la que se acuñaba provenía de las minas de plata de Europa Central. Muchas de esas

monedas acababan exportándose a Oriente, donde eran muy demandadas, a cambio de sedas, especias y otros artículos de lujo que en Europa no se producían y eran objeto de una fuerte demanda por parte de reyes, príncipes, miembros de la nobleza y del alto clero de la Iglesia Romana. Esto es muy posible que contribuyera a que algunos pensarán que la escasez de dinero era la responsable del raquíptico sistema de intercambios de aquellos años.

Entonces el centro de prosperidad de los negocios continuaba siendo el Mediterráneo, donde los intercambios eran mucho más intensos y estaban bien atendidos por el *solidus* que acuñaba Bizancio y el *dinar* del mundo musulmán. A finales del siglo XII, el rey Alfonso VI de Castilla fue el primer monarca europeo en volver a acuñar una moneda de oro con su efigie, pero fueron las ciudades italianas de Génova y Florencia (1252) las que volvieron a acuñar monedas de oro que pronto se utilizarían en los tratos internacionales. Más tarde Venecia haría otro tanto en 1284. La isla de Sicilia en el Mediterráneo y los centros de Fez en Marruecos y Sevilla en el reino de Castilla, eran los puntos desde donde se distribuía el oro africano, procedente del Sudán Oriental, el Alto Senegal y el Alto Níger, a la Europa Mediterránea, y que permitió llevar a cabo esas acuñaciones⁸.

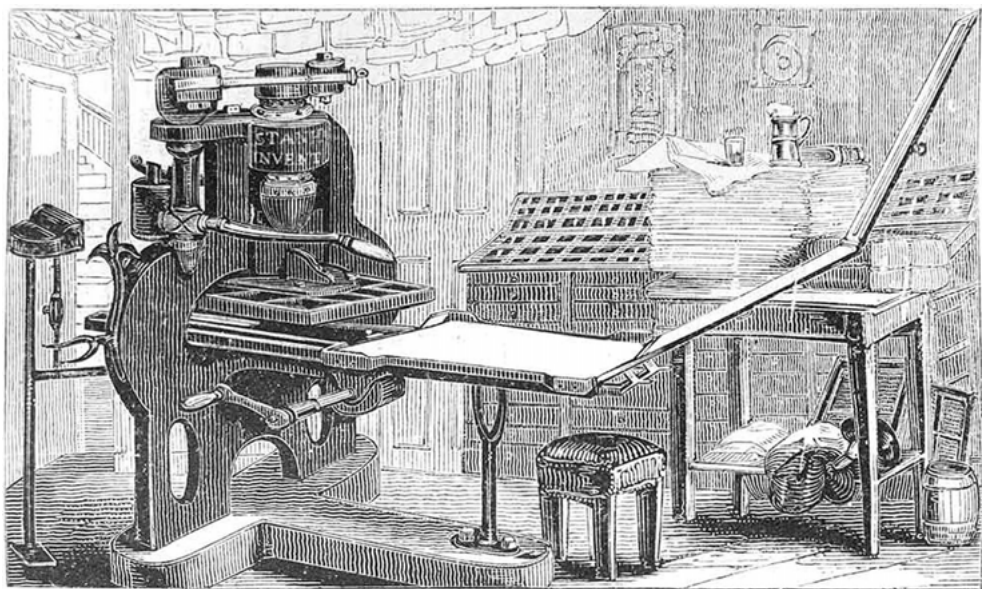
En la época, no se puede decir que quienes se ocuparon de los asuntos relacionados con la institución social del dinero fueran más allá de denunciar la continua degradación de la moneda metálica. La actividad de comerciantes y prestamistas estuvo continuamente obstaculizada por las leyes contra la usura que inspiraban los distintos credos religiosos en Occidente. Ni que decir tiene que el número de estratagemas contractuales que se fueron ideando para sortearlas fueron innumerables. Cuando una ley cerraba una puerta, al instante se buscaba la forma de abrir otra, y el resultado de

todo ello no fue otro que el de unos tipos de interés situados a niveles que hoy día serían inimaginables.

Muchas de las medidas arbitradas para paliar estos inconvenientes al desarrollo de las actividades comerciales vinieron de personas ajenas al juego de la política: un fraile inventó la contabilidad por partida doble, y fueron comerciantes los que idearon la letra de cambio para economizar el dinero metálico y reducir el coste de las transacciones. Nadie apuntó entonces que un trozo de papel con la firma de una autoridad fuera dinero, ni que nadie pudiera ser obligado a aceptarlo como tal. Entretanto, portugueses y españoles fueron los que abrieron la posibilidad de nuevas fuentes que abastecieran nuestras economías del oro y la plata ansiados.

La toma de Ceuta en 1415 inició toda una serie de expediciones portuguesas que abarcaban toda la costa occidental de Marruecos, y que culminaron doblando el cabo Bojador en 1436, un punto que durante mucho tiempo fue la frontera del mundo conocido, y a partir de allí Senegal, Gambia, Guinea, Sierra Leona, etc., etc. No obstante, la aportación de oro a Europa de estas expediciones no tuvo demasiada importancia porque las acuñaciones de este metal, en las cecas portuguesas, sirvieron para sentar las bases del comercio colonial de esta pequeña nación (un millón de habitantes) con Oriente, una vez abierta por ellos la ruta hacia la India y China⁹.

Todo parece indicar que fueron asesores italianos los que recomendaron a Fernando el Católico de España a apoyar los visionarios proyectos de Cristóbal Colón para viajar a la India y China rumbo al oeste¹⁰. Los países europeos, al margen del comercio con Oriente, no estaban en condiciones de hacerlo. Venecia había declinado y Portugal, entonces la monarquía más rica de Europa, renunció. Iba a ser, pues, un hecho inesperado el que acabaría abriendo las puertas a una nueva concepción de la moneda.



MENSAJE I
EL DINERO NO SE IMPRIME
SE OBTIENE SOLO
A CAMBIO DE BIENES